

**John Gray, *Falso amanecer. Los engaños del capitalismo global*,
Barcelona, Paidós, 2000*.**

El proyecto de universalizar el modelo económico del libre mercado al estilo angloamericano (el de un mercado desregulado e independiente de las necesidades sociales) debe distinguirse del fenómeno de la globalización económica y cultural. Mientras que este último es un fenómeno imparable que se ha venido desarrollando desde hace siglos y que actualmente está siendo impulsado por la rápida difusión de las tecnologías de la información, el primero no es un fenómeno natural ni espontáneo sino un proyecto político deliberado y muy reciente que se trata de imponer desde Estados Unidos y las instituciones financieras internacionales, artífices del “consenso de Washington”. Dada su inherente inestabilidad y sus altos costes sociales, el intento de construir un libre mercado global -arraigado en la ideología universalista de la Ilustración- podría conducir no al complaciente “fin de la historia” de Fukuyama sino al caos: a un mundo caracterizado por sociedades desintegradas y Estados enfrentados comercial y militarmente.

Esta es la tesis desarrollada en la polémica obra de John Gray, profesor de Pensamiento Europeo en la London School of Economics y autor de influyentes obras sobre pensamiento político, entre las que se cuentan *Isaiah Berlin, Enlightenment's Wake* y *Voltaire and Enlightenment*.

La trayectoria de John Gray es curiosa. En la década de los ochenta se dio a conocer como uno de los principales ideólogos de la corriente liberal y anti-racionalista asociada con Hayek, una corriente importante en el pensamiento de la llamada “nueva derecha”. En los noventa, en cambio, Gray se salió de las filas de la nueva derecha y se convirtió en uno de sus críticos más agudos, alineándose progresivamente con el nuevo laborismo. Este cambio de posicionamiento, que le ha acarreado no pocas críticas y acusaciones de oportunismo, no supone una falta de coherencia. En el fondo, toda la obra de Gray gira en torno a la crítica del proyecto ilustrado de crear una única civilización universal a partir de los valores e instituciones occidentales. En su etapa anterior, Gray cuestionaba al socialismo y a la socialdemocracia su apego al racionalismo ilustrado. Esa misma crítica es la que dirige en la actualidad contra el neoliberalismo económico, otro ejemplo, según Gray, del pensamiento utópico racionalista y del proyecto humanista de ejercer el dominio tecnológico sobre el planeta y cuyo último gran campeón es Estados Unidos.

En *Falso amanecer* Gray desarrolla su argumentación (según una metodología tomada de su maestro Hayek) a través de un análisis -realizado con gran finura y brillantez- de la estructura lógica de las ideas de sus oponentes (fundamentalmente los partidarios del libre mercado) apuntalado por una rica masa de datos

* *False Down. The Delusions of Global Capitalism*, Londres, Granta Books, 1998. Traducción española de Mónica Salomón.

Los engaños del capitalismo global

socioeconómicos. Las ideas abstractas y los datos concretos -agrupados en lo que podríamos llamar “estudios de casos”- están admirablemente combinados, algo que presta gran amenidad a la obra. Falso Amanecer intercala certeras refutaciones a argumentos de autores de moda como Francis Fukuyama o Kenichi Ohmae con ilustraciones de los efectos de las políticas de libre mercado en países concretos o de las distintas variedades de capitalismo existentes en la actualidad.

La principal línea argumental de Falso amanecer parte de la idea desarrollada por Karl Polanyi de que el libre mercado no es un fenómeno natural ni espontáneo, un estado natural que surge cuando se deja de interferir políticamente en los intercambios comerciales sino, más bien, un producto del poder estatal, hijo de un gobierno fuerte y centralizado y que no puede existir sin él. En el caso de la Inglaterra decimonónica, el Parlamento usó su poder para reformar o destruir los viejos derechos de propiedad y crear derechos nuevos, dando lugar a un capital agrario de grandes latifundios. El libre mercado que revivió en el Reino Unido en los años ochenta de este siglo es también producto de un gobierno fuerte -el de Margaret Thatcher- como lo es también la desregulación de la economía mexicana o la de la neozelandesa. De ahí que, puesto que no existe ningún mecanismo de gobierno universal, la pretensión de extender el libre mercado al mundo según un modelo único no deje de ser una utopía, aunque sea una utopía peligrosa.

Una segunda línea argumental tiene su origen en el pensamiento de Joseph Schumpeter. En contra de quienes condenan la intervención estatal en la economía, Gray sostiene que, abandonado a sí mismo, el capitalismo es capaz de destruir la civilización liberal que lo engendró. Debe, por lo tanto, ser domesticado para garantizar la cohesión y la estabilidad social. Sin una importante intervención gubernamental, las fuerzas del mercado dan lugar a un gran sufrimiento social. Gray ejemplifica estas tesis con abundantes datos que ilustran las nefastas consecuencias del libre mercado en las sociedades en que el proyecto se ha llevado más lejos. Así, el crecimiento de las desigualdades sociales, el recurso al encarcelamiento masivo como mecanismo de control social o el aumento de la inseguridad ciudadana son rasgos prominentes de la actual sociedad estadounidense (y, en menor medida, de la británica) que se deben, básicamente, a la aplicación de políticas de desregulación económica y que sin duda deslegitiman el proyecto de universalizar el modelo. El mismo argumento desemboca necesariamente en la idea de que es imprescindible una regulación inmediata de la economía mundial a partir de unas estructuras efectivas de gobernación.

Otro de los argumentos que Gray desarrolla es el de que la identificación que suele hacerse entre democracia y libre mercado es errónea. Para Gray, una y otro no son socios sino competidores. Como el libre mercado socava las instituciones sociales y provoca una gran inseguridad económica, engendra una resistencia política alta. En la Inglaterra decimonónica el *laissez-faire* fue desapareciendo a medida que la democracia se desarrollaba y proporcionalmente a la extensión del derecho de voto. El problema es que en la actualidad no existen economías cerradas y sólo en una

economía cerrada pueden ponerse en práctica los principios igualitarios dictados por los valores democráticos y las teorías de la justicia. Dada la actual libertad del capital y de las empresas para emigrar hacia países con bajos impuestos, aquellos Estados en los que existe un modelo de capitalismo socialmente responsable (preocupado por mantener la cohesión social a través de la regulación económica) serán penalizados y a la larga se verán incapaces de financiar los bienes públicos. Al igual que de acuerdo con la “ley de Gresham” se dice que “el mal dinero expulsa al bueno”, podría decirse que “el mal capitalismo expulsa al bueno”. Esto lleva a Gray a hacer un pronóstico muy sombrío sobre el futuro de la socialdemocracia, condenada a ser barrida por el nuevo poder del capital en la economía global.

Dado que el socialismo como sistema económico se ha derrumbado sin remedio, tras provocar unos injustificables costes humanos y ambientales, Gray considera que, en el futuro previsible, las políticas económicas de los Estados serán necesariamente capitalistas. Ahora bien, eso no significa que se esté desarrollando un único modelo económico sino distintas variedades del capitalismo, cada una de ellas vinculada a una determinada cultura y unos determinados valores. Así, por ejemplo, el modelo de capitalismo que se está desarrollando en China -y cuyos precursores son los chinos de la diáspora- está centrado en las relaciones familiares y es muy diferente no solo del modelo capitalista estadounidense sino también, por ejemplo, del modelo capitalista japonés construido a partir de grandes grupos corporativos vinculados a las antiguas estructuras feudales. Además de utópico, Gray considera desaconsejable imponer como modelo capitalista el del libre mercado estadounidense. En Japón, las políticas de las instituciones financieras internacionales y las presiones estadounidenses hacen peligrar una envidiable cohesión social basada en la seguridad laboral. En Rusia, las políticas de choque que intentaban imponerlo fracasaron estrepitosamente y precipitaron al país en el caos.

¿Puede hacerse algo para evitar esa situación de caos y anarquía a la que, según Gray, los esfuerzos por mundializar el libre mercado nos están llevando? Sí podría hacerse, aunque el autor es bastante escéptico al respecto. Ante todo, habría que abandonar la filosofía del consenso de Washington, impulsar el desarrollo de los diferentes capitalismo autónomos y, paralelamente, desarrollar estructuras de gobernabilidad, con soluciones como, por ejemplo, la “tasa Tobin”. Por el momento, empero, no hay indicios de que se esté avanzando en ese sentido. Si bien los Estados Unidos no tienen la capacidad necesaria para imponer al mundo su proyecto de libre mercado global, sí tienen suficiente poder de veto como para impedir una reforma radical de la economía mundial. Entretanto, la crisis mundial se avecina. La reciente crisis asiática es una advertencia a la que no se le ha prestado la suficiente atención. Gray considera que, desgraciadamente, las alternativas al *laissez-faire* no se desarrollarán hasta que una crisis de grandes dimensiones precipite a esta última utopía de la Ilustración que es el proyecto de libre mercado global en el “agujero de la historia”.

Los engaños del capitalismo global

Falso Amanecer es una obra intencionalmente polémica. No es de extrañar que haya provocado reacciones encontradas en todos los puntos del espectro político. Desde la derecha se ha tachado su argumento principal -el de que el capitalismo global es profundamente inestable en su forma actual- de excesivamente pesimista e incluso apocalíptico. Desde la izquierda las discrepancias que se han apuntado tienen que ver no tanto con el diagnóstico de que el capitalismo global está en crisis como con las razones por las que lo está. En particular, se ha cuestionado la idea de Gray de que el proyecto de universalizar el libre mercado no es una mera racionalización de los intereses empresariales de los Estados Unidos sino, más bien, un gran error producto de una ideología tan soberbia como equivocada. Se ha cuestionado asimismo el escepticismo de Gray sobre las posibilidades de supervivencia de la socialdemocracia o de la creación de estructuras de gobernabilidad mundial. No obstante, aun los autores más críticos con las tesis de Gray han subrayado la excelente calidad de la argumentación de Falso Amanecer, su gran originalidad y su importantísima contribución a un debate que no puede ser más urgente.

Para finalizar esta reseña no nos queda sino recomendar calurosamente la lectura de la obra. En este magnífico híbrido entre historia de las ideas y ensayo histórico-sociológico todo lector interesado en la relaciones internacionales encontrará estimulantes y variados elementos de reflexión.

Mónica Salomón

Universidad Autónoma de Barcelona